

**La mirada interior. El surrealismo y la pintura**, Olivia María Rubio, Tecnos, Madrid, 1995, 229 páginas.

El carácter visionario de la experiencia de lo surreal, las vinculaciones con el psicoanálisis y la irrupción del inconsciente en el mundo de la consciencia, así como la crisis de las artes visuales a partir de la abstracción y su distanciamiento de cualquier referencia mimética, todo ello acredita la importancia de la pintura en el espacio surrealista.

Rubio investiga con minucia documental toda intervención doctrinaria de los fundadores del surrealismo (Breton apoyado en Moreau y en el cubismo, a través de Apollinaire), para luego estudiar las estrategias concretas del surrealismo en las artes plásticas. La exploración del inconsciente sirve para organizar estéticamente lo visionario y delirante, así como la imagen interior, la vieja *cosa mentale* de Leonardo, permite proyectar visualmente algo que es, en principio, metáfora verbal y no imagen.

Uno de los hallazgos del surrealismo es la producción de imágenes a partir del deseo, es decir la formulación del arte como mundo de lo deseable, por medio de la aventura en lo extraño, lo siniestro, lo ajeno, de modo que el exilio del artista en el orbe onírico de la imagen liberada de censura, se convierta en un viaje instructivo y una rapiña de consecuencias creadoras.

Lo que el pintor surrealista encuentra se le vuelve a escapar como el humazo o la pompa de jabón de Cocteau, intervalo entre dos desapariciones. De ahí lo convulso de la belleza bretoniana. Todos estos incisos son descritos por Rubio con autoridad concisa, sólido apoyo en las fuentes y buen orden estructural, de manera que vuelve útil una enésima visita a ese movimiento que, de tanto estremecer nuestra relación con las cosas, ha terminado por integrarse en nuestro folclore industrial a través del cine, el periodismo y la televisión.

**La disolución de la URSS. Una introducción a la crisis terminal del sistema soviético**, Carlos Taibo, Ronsel, Barcelona, 1994, 376 pp.

Basado en una imponente bibliografía y en materiales periodísticos de variado origen (sobre todo para los

hechos más recientes) el autor, especializado en el tema soviético, hace una crónica y un análisis de lo acontecido en la antigua URSS desde marzo de 1985 (muerte de Chernenko) hasta agosto de 1994, cuando las tropas rusas abandonan Alemania y Estonia.

Para entender la caída del sistema y su falta de alternativa interna, Taibo traza un cuadro muy detallado y razonable del colapso económico soviético: exceso de mano de obra superflua, acumulación de materias primas industriales sin utilizar, atraso tecnológico, falta de gestores especializados, burocratización. En el plano social, se advertía un aumento de la mortalidad infantil, un debilitamiento del crecimiento demográfico y una caída en la esperanza de vida, hechos escasamente comparables en el mundo.

Un oligopolio en manos del ejército (que producía televisores, lavarropas y hasta máquinas de coser) hacían de la URSS una potencia industrial desequilibrada, cuyas exportaciones eran, sobre todo, de materias no elaboradas.

El sistema —un capitalismo de Estado colectivista y burocrático, abusivamente llamado socialismo— no fue capaz de generar alternativas propias, improvisando Gorbachov una mixtura de economía de mercado y gobierno de partido único, para acabar con el golpe/contragolpe que lleva a Yeltsin a una situación análoga, pero en términos inversos. El problema de las nacionalidades, el predominio eslavo y la conversión de la burocracia en mafia son incisivos que agravan el panorama y que el autor esboza al hilo de los hechos más recientes. Un tema que exige tan vasto rastreo documental llega, así, al curioso y al especialista, con amabilidad y rigor.

**Antropología de la escritura**, Giorgio Raimondo Cardona, traducción de Alberto Bixio, Gedisa, Barcelona, 1995, 236 pp.

La colección LEA que dirige Emilia Ferreiro ofrece, en Gedisa, un catálogo especializado en libros sobre el libro, la escritura y la lectura. Este trabajo de Cardona (1943-1988) hace una historia de la escritura en sentido amplísimo, tomando como arranque todo tipo de signo

visual dejado por el hombre en la prehistoria, para desbrozar las escrituras ideográficas de las fonéticas y llegar a una semiótica del signo visual.

Para ello se vale de todo tipo de consideraciones, que vinculan los distintos sistemas de escrituras (cuñas, hieroglifos, etc) con diversas maneras de ejercicio del poder. El que escribe tiene la facultad de distinguir entre lo efímero y lo permanente, entre lo significativo y lo insignificante, entre lo sagrado y lo profano (en las religiones basadas en una escritura), entre lo masculino entendido como la conducción manifiesta de la sociedad, y lo femenino, como la masa extensa de la vida.

Algunas consideraciones teóricas sirven para enmarcar la síntesis de Cardona, informada y económica, tan amena como rigurosa, y nos conducen hacia los días en que la escritura se ha vuelto objeto autónomo de una disciplina, la gramatología. Las discusiones acerca de si debe tener su lugar en la gran ciencia de los signos, la semiología, tienen también que ver con su naturaleza: es un mero vehículo instrumental del habla o es un elemento que produce significados a partir de su propia materialidad. De alguna manera, todo el destino de una cultura se juega en que se la transmita oralmente o por medio de la escritura, por lo cual, en cierto modo, estudiar la escritura es estudiar la operación decisiva de la identidad humana: el hombre es lo que se dice o lo que queda dicho que es.

## B.M.

**Cosmopolitas domésticos**, Javier Echeverría, Ed. Anagrama, Barcelona, 1995.

Probablemente una de las novedades más importantes en los cambios que el hombre ha introducido en la manera de relacionarse con los otros sea la posibilidad de anular la distancia en el campo de la comunicación: hablamos con personas que están a miles de kilómetros y asistimos a acontecimientos que ocurren en cualquier lugar del planeta y, ocasionalmente, fuera de él. Todo esto comenzó hace algunos miles de años (en el neolíti-

co) con el inicio de la representación (dibujos o escritura), es decir con el ejercicio de metaforización y abstracción. No sé si los signos son el inicio de nuestra distancia con la cosas y con nosotros mismos, pero creo que es fácil afirmar que son el testimonio de esa distancia. Más cierto es que esos testimonios son un intento de transformar esa distancia en cercanía, en fusión o en lo que aún nos es más propio: en comprensión.

Aunque es independiente, *Cosmopolitas domésticos*, puede leerse como un apéndice de *Telépolis*, el primer libro dedicado por Javier Echeverría a las nuevas formas de comunicación. Ambos libros son un ejercicio brillante y sugestivo que trata de entender fenómenos recientes, algo así como intentar historiar el presente, de ahí el riesgo pero también el valor de ambas valiosas obras. En *Telépolis*, su autor expone la idea de que en este siglo se ha generado una nueva forma de organización social: la ciudad a distancia. A través del teléfono, la televisión, el fax, y el ordenador (en todas las posibilidades crecientes que éste ofrece: correo electrónico, *Internet*, etc.) se teje una red imaginaria no muy distinta, según Echeverría, de una ciudad: un cosmopolitismo, ya que ésta no se encuentra regida por fronteras ni, por ahora, sometida a ningún estado. Es una ciudad que aún vive en la acracia, aunque, lógicamente, no carece de normas. En *Telépolis*, Echeverría analizó, entre otros asuntos, cómo el *telepolista*, o usuario de los nuevos medios, participa desde su casa o desde la oficina o gabinete de estudio de una *otra* sociedad; en *Cosmopolitas domésticos* estudia cómo influyen estos nuevos medios en la transformación de la intimidad: la casa es ciudad y desde ella incidimos en nuestra cuenta bancaria, la biblioteca, el supermercado, la bolsa, etc. Se convierte en lugar de trabajo y en receptora del *interés* de los otros. Y si estamos creando una nueva sociedad, nos advierte, deberíamos participar en ella, no dejar que la hagan sin nosotros y, sobre todo, contra nosotros. Lo que tienta a Echeverría es que esa sociedad pueda ser ácrata: una «verdadera» sociedad de los ciudadanos. No ignora nuestro autor que esa sociedad trazada por los medios de comunicación por individuos y entidades depende, justamente, de individuos y entidades y que éstos tienen responsabilidad jurídica y están insertados en sociedades estatales. Pero veamos

algunos puntos centrales de esta obra para poder comentarlos mejor.

Gracias a la internacionalización-desterritorialización de la comunicación, los «Estados/Naciones dejan de ser las formas determinantes de la vida social». Echeverría hace referencia a la economía y a las entidades transnacionales e incluso a las comunidades de naciones que crean entidades supraestatales. La duda que podemos introducir es que quizás estas formas de superar las fronteras y los nacionalismos no son productos de la técnica sino que se apoyan en ella para poder llevarlas a cabo con mejores resultados. Si pensamos en la Comunidad Europea, aún en sus inicios pero con realizaciones notorias, hay que señalar que hay un presidente (rotativo) de la comunidad y ministros; en pocas palabras: un gobierno de la comunidad para llevar a cabo y hacer cumplir las resoluciones. Estos cambios en la noción «Estados/Naciones» están determinados por la voluntad política y se apoyan en las nuevas tecnologías, pero no al revés. No niego que los avances técnicos sugieran aspectos no previstos, pero la dirección que adoptan esos aspectos suele estar determinada por otras causas.

Consecuentemente, tanto en la vida nacional como la internacional, «la vida pública, ha adoptado un formato doméstico, convirtiendo las casas en uno de los principales espacios de la vida social». En especial, la televisión ha cambiado radicalmente tanto la vida privada como la pública: el mercado y la política buscan el centro del hogar para influir y desde la vida doméstica se toman decisiones sociales. Los peligros son notables, ya que la relación que tenemos con la televisión (pasiva) es distinta a la que podemos tener con los ordenadores (interactiva). «La televisión —señala Echeverría— es un mundo de apariencias y representaciones: no es la realidad». Es cierto, pero aunque no es «la realidad» no carece de «realidad» para transformar la vida pública y la privada. No entraré en un punto filosófico difícil, que sea real o no, pero quiero indicar que es un tema complejo: si el hombre es un ser escindido, separado, es porque entre él y él mismo hay una ruptura ontológica (algo que no es, una nada, se interfiere). El proceso cultural de metaforización y simbolización, como se señaló al comienzo de esta nota, es el síntoma y testimonio de

esa distancia y también, como ha escrito Octavio Paz, el intento de restañar esa misma distancia. Libros, cuadros, películas y otras formas de la imaginación (las imágenes, las palabras: la televisión, por lo tanto), sea cual fuere su grado de validez, desde la pornografía a la poesía, son formas que tienen realidad aunque no siempre tengan el poder de hacernos más reales.

«Estamos comenzando a construir una nueva ciudad (y) resulta imprescindible plantearse el problema de su estructura como *polis*», afirma Echeverría indicando lo que es su tema central: esas nuevas formas de comunicación son un verdadero cosmopolitismo (*cosmopolitismo real*, dice, creando una analogía no del todo feliz con «socialismo real»). Estoy de acuerdo en que estas nuevas formas de comunicación son una gran posibilidad de que cada ciudadano llegue a ser un cosmopolita, siempre naturalmente que esté en él esa necesidad y esa curiosidad para andar por otros mundos como por el suyo, lo que no es fácil; pero tengo mis reservas frente al argumento mayor de Echeverría: que se esté generando una nueva ciudad. Creo que hay un cierto optimismo en el uso de los ordenadores complejos (por llamar así a la incorporación del *Internet*, correo electrónico, fax, etc) ya que por el hecho de existir no suponen al cosmopolita, como no crea cosmopolitas —aunque sea condición necesaria— la existencia de diversas ciudades y naciones. Libros y bibliotecas hay millones, y no por ello el ciudadano de nuestras ciudades capitalistas dedica gran parte de su ocio a la lectura. Echeverría es un *telepolista* activo y tal vez supone que la curiosidad que despierta en él pueda ser genérica. Aunque no desdeño sus observaciones positivas, creo más bien en los peligros, señalados por el mismo Echeverría, de adormidera y utilización de los mercados y de los poderes políticos. Recuérdese todo lo que se habló de la capacidad ilustrativa de la televisión. Sin duda tiene posibilidades inmensas, pero la realidad es que un televidente activo (tres o cuatro horas) jamás será más ilustrado que alguien que dedique las mismas horas a la lectura.

Y en cuanto al uso mercantil y político de los nuevos medios, tengo mis dudas de que pueda generar una nueva ciudad —intangible— a la que perteneceríamos,